

# DOS NOMBRES GLORIOSOS

## DON ANDRÉS BELLO Y MENÉNDEZ PELAYO

Palabras pronunciadas por su autor como Rector de la Universidad Católica Andrés Bello de Caracas, en el solemne Acto Académico que dicha Universidad celebró el 29 de noviembre de 1956 en homenaje conjunto a Don Andrés Bello en su fecha natalicia y a Don Marcelino Menéndez Pelayo en el mes del Centenario de su nacimiento.

El programa de este acto académico señala un homenaje conjunto a dos nombres, tan ilustres y tan representativos en el campo de la cultura moderna: Andrés Bello y Menéndez Pelayo.

A personas menos familiarizadas con la historia cultural del siglo XIX podría quizás extrañarles, a primera vista, la conjunción de estos dos nombres en un homenaje común.

Y cierto que esa primera impresión de extrañeza se creería justificada, dado que en realidad entre uno y otro personaje aparecen diferencias de positiva importancia que sería difícil escapar a ningún observador.

Bello es autor americano, y más particular, venezolano.

Menéndez Pelayo es español de la más pura cepa y tradición.

Bello, nacido en el último cuarto del siglo XVIII extiende su vida y activi-

dades hasta muy entrada la segunda mitad del XIX.

Menéndez y Pelayo nace precisamente en la segunda mitad del siglo XIX, (casi nueve años antes de la muerte de Bello), y muere en el segundo decenio del XX.

El primero vive y trabaja la mayor parte de sus años fuera de su Patria, en Londres y en Chile; mientras que el segundo vio transcurrir los 56 años de su vida casi íntegros en su tierra española, salvo el paréntesis de menos de dos años de un viaje de estudios en su juventud por países europeos.

Mientras Bello extendió su actividad intelectual a casi todos los ramos del saber, y en todos ellos con gran competencia científica, pero más aún con muy atinado sentido práctico, propio del maestro que busca difundir toda clase de luces en un medio cultural joven como lo era el americano; Menéndez Pelayo en cambio, aun cuando dotado de cualidades intelectuales sorprendentes y pocas veces repetidas en otros seres humanos, concentró su actividad a campos bien definidos de la historia en general, y de la historia y crítica literaria, filosófica y estética.

Otras diferencias más podrían tal vez señalarse. Pero ni éstas ni aquéllas hacen apenas al caso, puesto que por la otra parte encontramos que son muchas más, y más profundas e interesantes las características que establecen una forzosa relación no sólo de similitud, en algunas cosas, sino principalmente de orientación y de actitud en la realización de las importantes labores culturales de uno y otro gran escritor.

Ambos son escritores que usan la pluma no para lucimiento de sus dotes de inventiva o fantasía, sino para sembrar y divulgar enseñanzas. El venezolano escribe sobrio y correcto, sin grandes vuelos estilísticos, pero con la precisión y energía que pide la materia que expone. El español, sin dejar de ser didáctico y preciso, tiene además el don de la fluidez nutrida y sabrosa de la frase castiza, que no cansa jamás, puesto que es toda espontaneidad y sencillez de expresión.

Ambos autores se mueven principalmente en el campo de la historia y de la crítica literaria; y coinciden en particular en ciertos estudios sobre monumentos de la literatura medieval.

Ambos también gustaron con deleite las horas de inspiración poética, aco-

gidos a las formas clásicas, pero sin que uno ni otro tomase la poesía como principal ni permanente ocupación literaria.

Ambos, sobre todo, estudiaron y gustaron las Obras de la literatura clásica antigua, de manera especial la latina, y tuvieron por Virgilio y por Horacio predilección extraordinaria, y más de una vez ocuparon sus ratos de esparcimiento artístico en verter al castellano poesías de uno y otro autor latino.

Ambos finalmente fueron hombres adornados de cualidades tan humanas como la comprensión, la prudencia y tolerancia, la bondad a toda prueba, y hasta cierto género de ingenua sencillez y llaneza que a todos encantaba; y junto a tales prendas morales brilló en ambos asimismo la entereza de voluntad, y la fidelidad a sus principios morales y de fe, que conservaron vivos y operantes, sin claudicaciones, hasta el final de sus vidas.

Sería tarea entretenida, que llevaría a conclusiones quizás muy curiosas, hacer alguna vez un estudio comparativo, forzosamente minucioso en su elaboración, para encontrar en los escritos de uno y otro autor los puntos de contacto, de semejanza y de disparidad que sin duda existirán en temas y asuntos en los que ambos autores hubieren ocupado su atención.

Pero lo que más gratamente sorprende a quien alguna vez se acerca a estudiar la crítica y comentarios que se han hecho durante casi un siglo a la obra de Bello, es comprobar la actitud de admiración, de aprecio respetuosísimo y de valoración cabal que tuvo Menéndez Pelayo para con los escritos todos del sabio Maestro venezolano.

Ya de los años de su juventud de estudiante, nos dice la tradición española que Menéndez Pelayo acostumbraba recitar entusiasmado, entre sus amigos, fragmentos de la "Silva a la Agricultura" y de la "Oración por todos" de nuestro poeta.

Y apenas se adentró Menéndez Pelayo en sus estudios de historia y crítica literaria, y empezó a encontrarse con los escritos de Bello, concibió desde el primer momento tal estima de ellos, y los consideró de tanta valía, que sin lugar a dudas puede afirmarse que el sabio crítico español vino a ser quien con más autoridad y entusiasmo se preocupó en España por divulgar y

hacer apreciar como era de razón, la personalidad y la obra magnífica de nuestro eximio autor.

He aquí, respetables oyentes, el motivo, sin duda bien justificado, que hemos tenido para reunir hoy, en este homenaje, los nombres de ambos ilustres escritores, los cuales ya de antemano habían pasado a las páginas de la historia cultural de América y de España, unidos no sólo por las semejanzas que poco antes os refería, sino sobre todo por el gesto generoso, honrado y decidido del español, para con los originales y eruditos trabajos del venezolano.

Suerte grande y envidiable la de nuestro admirado Bello fue que el genio extraordinario y de más amplia proyección cultural y científica de las letras españolas de los últimos siglos Menéndez Pelayo, se entusiasmara desde el primer momento con su obra y la estudiara a fondo, y le consagrara largas páginas de bien sazonado comentario, las cuales por la autoridad indiscutible de su autor son sin duda, en su conjunto, lo más valioso y elogioso que sobre Bello se ha escrito.

No es posible ahora ocuparme de exponer de nuevo el interesante y rico tema que en estos mismos días traté en un artículo de la Revista Nacional de Cultura, actualmente en circulación; el tema del estudio crítico que hace Menéndez Pelayo de la obra de Bello.

Pero bien merece señalarse que no fue en una sola ocasión, sino en muchas, cuando el crítico español expresó sin reticencia ni mezquindad alguna, cuán importantes y originales fueron los escritos de Bello.

Guardó toda su vida una actitud admirativa y elogiosa para con nuestro sabio a quien honró, sin exageraciones de mal gusto ni por formulismo insincero, con las más estupendas expresiones hijas todas del conocimiento profundo y atinado que tenía de aquellos escritos. Lo llamó "el mayor hombre de letras" que ha dado la América Hispánica; por su incomparable obra de gramático y filólogo lo declaró "el salvador de la integridad del castellano en América"; expresó que "no hay pormenor insignificante en su vida"; lo declaró "poeta descriptivo sin igual en el Nuevo Mundo y quizás en la literatura española", y "el más virgiliano" de todos los poetas de habla castellana. Afirma sus méritos como filólogo eminente, como psicólogo penetrante y a-

gudo; dice que su **Filosofía del Entendimiento** es sin duda "la obra más importante que en su género posee la literatura americana"; y vindica para Bello los méritos que pocos le habían reconocido en el trabajo extraordinario que consagró al primer monumento de la literatura española, el **Poema del Cid**.

Toda su vida de escritor mantuvo M. P. aquella devotísima fidelidad que le hacía traer muchas veces, aun cuando menos se esperaba, a las páginas de sus eruditísimos libros el nombre de nuestro compatriota. Y siempre que lo nombra, lo hace con frases de tono tan elevado y objetivamente ponderativo, que son claro reflejo del concepto tan preciso y verdadero que le merece cuanto salió de la pluma del cantor de la zona tórrida, y del autor de aquella áurea Gramática Castellana, la mejor de cuantas aun hoy se conocen en nuestra lengua, según testimonio de los más modernos críticos españoles.

Bello y M. P.: dos figuras que por diversos caminos vinieron a encontrarse, a entenderse, a simpatizar, y con ello a dictarnos una lección viva y perenne de humanismo, de equilibrio cultural, y de estímulo para la labor científica y literaria que estamos llamados a cumplir cuantos hemos tenido la suerte de cultivar nuestra inteligencia y de sentir el deseo noble y honroso de trabajar por el engrandecimiento cultural de la Patria.

No podía esta Universidad pasar esta fecha, sin aprovechar su oportunidad para poner de relieve estas dos figuras gemelas en tantos aspectos de la obra de cultura que realizaron; y honrar en este día a quien nos honra con su nombre titular, evocando para ello, en su año centenario, el sabio crítico español que en forma tan decisiva, tan elegante, tan generosa y tan única, contribuyó con su pluma a honrar y engrandecer el nombre y la obra de nuestro Don Andrés Bello.- Señores.

Caracas, 29 de noviembre de 1956.

PEDRO P. BARNOLA, S. J.

